



# ¿Qué tal la traducción médica?

Explicado por  
“Traductorcita  
y Mercado”

por Miguel Turrión

A través de la recreación de la fábula de Caperucita Roja y el lobo, este profesional y académico español nos ilustra acerca del mundo de la traducción médica y su cruda relación con el mercado.

Me piden que haga unos comentarios para esta revista sobre la posible especialización en traducción médica de los colegas principiantes. Aquí va este cuento de carácter alegórico, en el que "Caperucita y el lobo" se convierten en "Traductorcita y Mercado".

Con él pretendo recordar a quienes se interesen por esta vía profesional la necesidad imperiosa de adquirir conocimientos de medicina y tener la suficiente flexibilidad para orientarlos hacia cierto grado de especialización, así como de ir conociendo los aspectos profesionales y el mercado de la traducción médica. Ha guiado mi pluma el artículo de Blanca Mayor que cito en la bibliografía.

Los traductores que inician su andadura van a necesitar también optimismo y, como en todo, algo de suerte. He aquí una anécdota personal sobre la suerte.

Yo empecé a traducir para ganarme la vida, siendo aún estudiante. Tenía conocimientos de medicina y gusto por las lenguas. Estaba en Francia, respondí a un anuncio de un laboratorio farmacéutico y me presenté a las pruebas de selección. Al terminarlas y despedirme, los del laboratorio me dieron algunos folletos publicitarios que alguien les había traducido al español y dejaron caer, como de pasada, "ya nos dirá qué le parecen". El instinto me indicó que aquello era algo más que una simple fórmula protocolaria. Me fui a casa, leí los folletos, escribí las correcciones o mejoras que me parecieron convenientes y, al día siguiente, llevé personalmente mis comentarios a la recepción del laboratorio.

Varias semanas después, tras comunicarme que yo había sido el candidato seleccionado para el puesto, me llama-

ron para las formalidades. En un momento dado me propusieron que pasara a conocer al director de la empresa, para lo que no me acompañaron, sino que me dieron en mano mi propio expediente y me indicaron por dónde ir a su oficina. En el trayecto, cómo no, eché un vistazo a mi expediente (me pudo la curiosidad).

Aparte de los resultados de las diversas pruebas, entrevistas, examen grafológico, etc., descubrí un comentario, escrito a mano por una de las entrevistadoras, que decía: "Es el único que nos devolvió los folletos comentados".

La última reflexión que deseo ofrecer a quienes me lean es que, si bien es ideal traducir hacia la lengua materna, también abre puertas el poder traducir razonablemente bien hacia otros idiomas.



### Señas particulares

**Miguel Turrión**  
es Licenciado en  
Medicina y Cirugía.  
Trabaja en la Dirección General  
de Traducción de la Comisión  
Europea en Luxemburgo.  
Correo electrónico:  
miguel.turrión@cec.eu.int

## Traductorcita y Mercado

Les voy a contar un cuento que, espero, les va a gustar; mucho ojo y oído atento:

Una vez, en un lugar, hubo una joven rubita que hizo una carrerita de traducción aplicada; y estaba así tan bonita que, siempre, Traductorcita ya por todos fue llamada.

Un día a Traductorcita su mamá le dijo: -Hijita, está en cama tu abuelita con un catarro muy cruel.

Para su tos aliviarle otra carrera has de hacerte; de medicina, esta vez.

Traductorcita, dispuesta de nuevo a matricularse, se internó por la floresta.

Mucho habría de estudiar, pues la traductología de gran cosa no servía en el centro del pinar.

Mercado, que se escondía, de pronto a la joven vio; de gusto se relamió al tiempo que se decía:

(— Ahora me la comería, pero anda ahí el sindicato y sus gritos oíría. Hoy en el bosque es mal día. Donde ella vaya, la mato.)

Se le acercó y dijo: -¡Hola! ¿Dónde vas, joven, tan sola? — Voy a cursar maestría, por vía especializada, traducción de medicina.

Mercado dijo: -¡Ay, qué bueno! ¿Ya estudiaste medicina?

— No, pero con internet supliré cualquier laguna.

— ¡Caramba, eres un portentoso! ¡Qué ánimo, qué aliento! — y preguntó el muy ladino:

— ¿Y cómo son las tarifas? — Lo sabré por el camino — respondió Traductorcita. (La joven dijo, imprudente, lo que él quería saber.)

— Eres buena y obediente; por tanto, -dijo hábilmente- ¿sabes ahora qué has de hacer? ¡Rebajar algo tu precio! Tu abuela querrá saber de tu triunfo en el comercio.

Y como, por aquel lado yo, casualmente, he de ir, podré a la vieja decir: — Usted no pase cuidado por su nieta, que una agencia ya contratándola está. Espere solo un ratito y muy pronto llegará.

Y Mercado, marrullero, dejándola entretenida, emprendió veloz corrida para llegar él primero.

El lexicógrafo Teri, que lo había presenciado, quiso decirle, asustado: "¡Infórmate, que es mejor: la médica traducción no es materia de opinión!".

Pero hablar claro no pudo pues, del miedo que pasó, quedó, el pobre, tartamudo: — ¡In...in, in...in,- le decía, y ella entendió que quería que fueran a pasear:

— Cuando vuelva -dijo- luego nos iremos de paseo. Ahora tengo que estudiar.

A la casa de la abuela fue Mercado, y, con cautela,



llamó con el  
aldabón tímidamente:  
¡pon, pon!

— ¿Quién  
hay? -dijo la  
abuelita.

Dijo  
Mercado  
feroz adel-  
gazando la  
voz:

— ¡Soy yo; soy Traductorcita!  
¡Te traigo unos caramelos  
que tu tos podrán calmar!

Y la anciana, sin recelos,  
le dijo: — Empuja la puerta  
que, adrede, la dejé abierta  
para que puedas entrar.

Mercado, furioso, entró,  
el lecho externalizó  
y, dando un grito de espanto,  
la anciana se desmayó.

Mercado pensó entre tanto:  
(— Es vieja y su carne es dura;  
la carne de criatura  
prefiero, y Traductorcita  
estará muy tiernecita.  
La falta de traductores  
médicos y de español  
como lengua de destino,  
al par que cualificados,  
la atraerá sin dilación).

Ató a la vieja -el rufián-  
y, una vez amordazada,  
la subió hasta el desván  
y allí la dejó encerrada.

Para engañar a la nena  
se puso la cara llena  
de polvos -el muy bribón-,  
de la anciana el camisón,  
en la cabeza su gorro  
y las gafas sobre el morro.  
Se metió luego en el lecho  
y, de anciana disfrazado,  
por el embozo tapado  
se mantuvo así al acecho.  
¡De gozo se relamía  
esperando, satisfecho,  
el festín que se daría!

Al llegar ante el portal  
la joven, confiada, llama  
y responde el animal:

— ¿Eres tú? ¡Estoy en cama!  
(Aunque la voz fue fingida,  
se oyó un poco enronquecida)  
Y añade, disimulando:  
¡Estoy muy acatarrada!  
Entra, te estoy esperando;  
la puerta no está cerrada.

Teri estira su faldita  
y balbuceando le grita:  
— ¡Que te...te va...va a co...!  
Pero ella le dice: — ¡Teri,

quita; no seas travieso!  
Déjame entrar; al regreso  
pasearemos, ahora no.

Mercado, que la vio entrar,  
la llamó: — ¡Traductorcita,  
acuéstate en la camita  
y me podrás calentar!  
Pero ella, al irse a acostar,  
notó un cambio en su abuelita  
y le dijo con temor:

— ¡Qué brazos tan largos tienes!  
— Para abrazarte mejor-  
dijo Mercado traidor.

— ¡Qué orejas tan largas tienes!  
— Son para oírte mejor.

— ¡Qué ojos tan grandes tienes!  
— Son para verte mejor.

— ¡Qué dientes tienes, qué horror,  
tan agudos y afilados!  
— ¡¡Para comerte mejor  
y tragarte en dos bocados!!

Se protege tras la mesa  
y, antes que la haga presa,  
puede huir Traductorcita.  
— ¡Socorro! ¡Socorro!- grita.  
Mercado la puerta cierra  
y, con una voz que aterra,  
le dice: — ¡Calla, maldita!  
¡¡Ya verás con qué placer  
ahora te voy a comer!!

Pero Teri, ¿qué había hecho?  
¿Qué había hecho entre tanto?  
Pues corrió, deshecho en llanto  
por la floresta un gran trecho,  
hasta que al fin encontró  
a los buenos traductores  
y ante todos rebrincó,  
gritó y tartamudeó:

— ¡Ve, ve, vengan se, señores  
ay que Merca, Merca, Merca...!

— Está bien, no te acalores-  
le hubieron de interrumpir.  
— Algo nos quieres decir;  
es algo que no entendemos.  
¿Dónde nos quieres llevar?  
¡Anda, que tras de ti iremos  
para poderte ayudar!

Teri, pues, salió corriendo  
y tras él los traductores,  
con palos y hachas, blandiendo,  
iban amenazadores,  
decididos a salvar  
quien en peligro estuviera.

Era preciso llegar  
antes que se la comiera  
-pensó Teri- y, de repente,  
al verse por tanta gente  
asistido perdió el miedo  
y deshizo aquel enredo,  
pues por fin pudo decir:

— ¡Mercado, allá en la casita,  
se come a Traductorcita  
y lo hemos de impedir!

Llegaban ante la puerta  
cuando oyeron la reyerta

Mercado - Traductorcita,  
en el preciso momento  
que Mercado, tan hambriento,  
decía: — ¡Calla, maldita!  
¡¡Ya verás con qué placer  
ahora te voy a comer!!

¡Pom! La puerta derribaron  
y como una tromba entraron.

Mercado, de mala gana,  
a la chiquilla dejó  
y, aullando de miedo, huyó  
saltando por la ventana;  
pero afuera le esperaban  
un grupo de valentones  
que la casa rodeaban  
y ¡zis, zas! con los bastones  
le atizaron tal paliza...

Mercado casi agoniza;  
y cubierto de chichones  
huyó, maltrecho y herido,  
pero al final fue apresado  
y lo molieron a palos.  
Recibió su merecido  
como ocurre con los malos.

Ay, ¿y la anciana? Pensaron  
que se la había comido,  
pero oyeron un quejido  
y en el desván la encontraron.

Y, libre ya, la abuelita  
abrazó a Traductorcita.  
Pero pasado aquel susto  
la riñó severamente:

— ¡Tú causaste este disgusto,  
Traductorcita imprudente,  
por no ser más precavida  
con tu estilo de trabajo:  
conocer la medicina;  
diferentes herramientas,  
memorias de traducción,  
electrónicos glosarios,  
las fuentes de información...

En un mercado cambiante  
claramente imprevisible  
los foros son necesarios;  
los precios, orientativos.

Y este cuento ha concluido;  
aprendan, pues, su lección,  
gentes de la traducción,  
junto con su corolarrio:  
Si sólo es al español  
lo van a tener más crudo.

## Bibliografía

M.<sup>a</sup> Blanca Mayor Serrano et al.,  
"¿Y ahora, qué? Salidas profesionales del  
traductor médico", *Panacea*, Vol. V,  
Nº 16, junio de 2004, pp. 127-134.  
[www.medtrad.org/panacea.html](http://www.medtrad.org/panacea.html)

Charles Perrault / Hermanos  
Grimm, "Caperucita Roja", en la adaptación  
de "Cuéntame un cuento", ISBN 84-480-  
1081-7, Timun Mas;  
<http://infantil.timunmas.com>

Juan Ferrándiz Castells,  
"Caperucita Roja", Editorial Vilcar,  
reedición de 1961.